

El rol de los intelectuales: formación conceptual e interpretación social

Freibrun, Nicolás (Facultad de Ciencias Sociales - UBA/CONICET)

I

La proliferación de los estudios en el campo de la historia conceptual ha permitido la emergencia de un conjunto de problemáticas relevantes, entre las que vale mencionar aquellas referidas a las relaciones entre ideas, políticas y representaciones sociales. En este marco, cabe destacar el lugar que en los últimos años han venido ocupando las preocupaciones teóricas en torno al rol social de los intelectuales en las sociedades democráticas, donde la historia intelectual ofrece una perspectiva fundamental para el desarrollo del tema. En este sentido, el vínculo entre la historia conceptual y la historia intelectual permite un abordaje que tome en consideración los usos de los conceptos en contextos sociopolíticos determinados.

Por otro lado, la problemática alrededor de los *usos* de los conceptos tiene sus principales contribuciones en los desarrollos llevados a cabo por la pragmática lingüística anglosajona, posteriormente articulada a través de los cambios que en la historia de las ideas introdujo, entre otros, Quentin Skinner, y cuyos aportes a la temática redimensionaron este campo de estudios al proponer una articulación entre textos, conceptos y contexto. Desde esta perspectiva, los significados de los conceptos deben comprenderse al interior de la trama lingüística de una época, ya no como elementos perennes, transhistóricos y universales. A través de la recuperación de la noción de contexto, la historia conceptual realiza un aporte primordial para la comprensión de la relación entre ideas y política, restituyendo los conceptos a su contexto de formación y permitiendo captarlos como representaciones de una época. Por su parte, y según lo ha indicado Reinhart Koselleck: “En la historia de un concepto se comparan mutuamente el ámbito de experiencia y el horizonte de esperanza de la época correspondiente, al investigar la función política y social de los conceptos y su uso específico en este nivel” (Koselleck, 1993:113).

La importancia de los significados de los conceptos, en efecto, puede ser articulada a través de las producciones de los intelectuales como soportes de un tipo de discurso, en la medida en que elevan las categorías sociales a problemas públicos, indicando en consecuencia el papel fundamental que cumplen las ideas en la formación de la política. Como señaló Pierre Rosanvallon: “Las representaciones y las ideas constituyen una materia estructurante de la experiencia social” (Rosanvallon, 2003, p.46). Siguiendo estos aportes, debe precisarse que el lugar asignado a los conceptos se diferencia de una epistemología que tienda a distinguir a través del concepto lo falso de lo verdadero, un pasaje que supondría un tránsito de la opacidad a la transparencia del orden social. Por el contrario, la relevancia del concepto ubica en contexto la comprensión sobre las preocupaciones de una época, pero también sus limitaciones. En este sentido, antes que traducir un significado pleno, acabado y último, el concepto puede ser entendido como una aproximación -lo más rigurosa posible- para la comprensión de los comportamientos políticos y de las ideologías en disputa. De acuerdo a ello, la figura del intelectual, en cuanto “creador o mediador” (Ory y Sirinelli, 2007, p.21; Bobbio, 1998, p.62), cumple un papel clave al establecer los vínculos existentes entre los conceptos y su época.

II

A propósito de la figura del intelectual, Zygmunt Bauman (1997) propuso una tipología que permita una aproximación del rol social del intelectual en torno a una división entre modernidad y posmodernidad. La imagen del intelectual “legislador” como una consciencia representativa de la sociedad moderna persigue su legitimidad en función de criterios de compromiso, universalidad y verdad. Por su lado, el intelectual como “intérprete” y referente de la posmodernidad, privilegia una función interpretativa en el marco de las problemáticas que plantea el dominio de los lenguajes. También Michel Foucault se propuso una aproximación al rol del intelectual, atendiendo a las relaciones entre poder, saber y conocimiento. Si bien Foucault traza una distinción entre el “intelectual general” típico de la modernidad, y el “intelectual específico” que renuncia a cualquier tipo de representación del saber, sin embargo incorpora a su análisis una tercera posición intelectual, identificada con los nombres de Marx, Nietzsche y Freud bajo el nombre de “intelectuales de la sospecha”, referidos al campo de la interpretación y al ejercicio de la hermenéutica. Según Foucault, estos fundadores de discurso “no han dado un sentido nuevo a las cosas que no tenían sentido. Ellos han cambiado, en realidad, la naturaleza del signo, y modificado la manera como el signo en general podría ser interpretado” (Foucault, 1995:38). Puede señalarse, en efecto, que han creado una nueva semántica, y con ello abierto un nuevo horizonte de lectura de los posibles significados sociales.

En este sentido, si la hermenéutica se presenta como un método de análisis de los textos y de los lenguajes en busca del significado correcto (Escalante Gonzalbo, 2002), debería captar la emergencia del concepto como un elemento ordenador del discurso. Tales son los casos de los conceptos de plusvalor en Marx, de moral en Nietzsche y de inconsciente en Freud, conceptos de ruptura que en sus respectivos campos de análisis fundaron una nueva relación, respecto a las ideas socialmente legítimas de la época así como al interior de las tradiciones discursivas pertenecientes. En este sentido: ¿El método hermenéutico propone una forma de conocimiento particular o por el contrario se aleja de toda pretensión de fundar una epistemología, desplazando la pregunta por las condiciones de producción del conocimiento en favor del sentido y del significado? ¿Comprender es por lo tanto diferente a conocer, o son dos niveles distintos de acceso al conocimiento? De acuerdo a Paul Ricoeur (Ricoeur, 2008), la fuerza de la hermenéutica reside en capturar lo real por medio de expresiones significantes, lo que indica que lo real es ya siempre una representación significada. Siguiendo esto último, proponemos internarnos en el rol del intelectual como aquella figura que permite una comprensión del contexto al que su discurso refiere, en este caso, en torno al discurso que la noción de democracia supuso para la década de 1980 en Argentina.

III

Ha sido demostrado que los cambios en la representación social de los intelectuales pueden detectarse desde finales de la década de 1970 y comienzos de la década de 1980, tanto en el plano local como internacional (Sarlo, 1996; Lyotard, 1999; Hernández Rodríguez, 2003; Lesgart, 2003; Dosse, 2007; Ory y Sirinelli, 2007). Como hemos mencionado, el lugar asignado al intelectual como expresión de una consciencia representativa de la sociedad encontraba legitimidad en el marco de un conjunto de representaciones sociales, elevadas a su vez como tendencias políticas rectoras del proceso histórico, desde donde los intelectuales, por decirlo así, estaban integrados. La identificación entre intelectuales y compromiso no era referida al intelectual como un sujeto comprometido con su posición de letrado u hombre de ciencia, de acuerdo a la autonomía relativa que supone la noción de

campo intelectual (Bourdieu, 2000), sino que presuponía una inclinación natural a los asuntos de la política, en ese contexto revolucionaria. Como lo expuso Sartre con claridad, el intelectual comprometido debía asumir su actividad como “no científica” (citado en Dosse, op.cit., p.81). En tal sentido, el agotamiento del paradigma de la revolución supuso para los intelectuales la necesidad de problematizar e incorporar como públicamente relevantes determinados temas y problemas en el marco de los procesos de democratización. En Argentina, las propuestas teóricas desarrolladas por los intelectuales en el transcurso de la década de 1980 marcan un punto de inflexión en relación a las representaciones socialmente consagradas de los propios intelectuales de las décadas anteriores. Brevemente, dos son los cambios que queremos señalar en el proceso de formación en torno al concepto de democracia en el contexto sociopolítico de la década de 1980: la recepción intelectual y la innovación conceptual.

En lo que respecta al tratamiento de recepción intelectual, el contrapunto de referencia principal desde el cual las intervenciones de los intelectuales estructuran su significado del concepto de democracia refiere a algunos aspectos de la teoría marxista. Fundamentalmente, el distanciamiento del marxismo incide sobre dos cuestiones: el problema del sujeto y la noción teleológica de historia, esta última deudora políticamente de un concepto de cambio social entendido como revolución. Este movimiento crítico hacia el marxismo, justamente, permitió a los intelectuales la recepción de determinados temas, autores y corrientes de pensamiento hasta el momento ausentes del campo intelectual local. En efecto, temas como el liberalismo, el pluralismo y el neocontractualismo, entre otros, fueron interpretados para componer una noción de democracia. En este sentido, la emergencia de esta figura intelectual propone una nueva interpretación de la sociedad democrática, orientada hacia una comprensión de los posibles sentidos del concepto y demostrando su carácter polisémico.

La labor de recepción permitió a los intelectuales el otro movimiento que señalábamos, la innovación conceptual, cuestión que generó efectos en el orden de los lenguajes políticos, introduciendo también un conjunto de problemáticas teóricas anteriormente ausentes. En este sentido, la innovación conceptual permite reflexionar las relaciones entre el pasado y el presente del propio concepto, resignificando los sentidos otorgados al mismo al interior de la tradición intelectual local. La afirmación de Koselleck, según la cual “una palabra contiene posibilidades de significado, un concepto unifica en sí la totalidad del significado” (Koselleck, op.cit, p.117), permite precisamente reconocer los distintos grados de problematización del tema, y la traducción que del mismo llevan a cabo las generaciones intelectuales en el tiempo. Si la innovación conceptual, tal como dijimos, reenvía el problema del significado hacia las transformaciones en los lenguajes políticos, por otro lado permite comprender esos cambios como preocupaciones teórico-políticas. En este sentido, democracia es el concepto ordenador del debate público sobre el que se articulan las producciones de los intelectuales, síntesis que engloba y redimensiona los discursos teóricos y políticos de un contexto.

La elaboración de dicho concepto supuso, en consecuencia, cambios en la fisonomía del intelectual, en cuanto soporte de un tipo de discurso que, en este contexto, desplaza las posiciones totalizadoras que sobre la base de la crítica tienen como horizonte político la transformación de las relaciones sociales de dominio. De esta manera, la interpretación del concepto de democracia a través de las dos estrategias comentadas supuso una reconfiguración semántica de las problemáticas intelectuales y del campo intelectual. Por otro lado, en el análisis de los textos representativos sobre el tema se observan diferentes

usos del concepto, lo que permite conjeturar que el sentido asignado no solamente no era unívoco, sino que además, intentaba referir diversas dimensiones. En efecto: se trata principalmente de una recuperación del sentido del concepto de democracia, pero no de un sentido acabado, sino abierto y en proyección.

IV

Finalmente, y retomando las nociones de intelectual comentadas, el tipo de figura social que se constituye al interior de la década de 1980 puede ser definida a partir de una labor que, a través de una recuperación de diversas disciplinas teóricas, propone constituir un discurso democrático desde la elaboración teórica de un concepto, y en este sentido contribuir a su comprensión. No obstante, la proyección de un discurso sobre la democracia no disimulaba las pretensiones cognoscitivas de este intelectual de fin de siglo, y en tal sentido se diferenciaba del intelectual crítico de las décadas de 1960 y 1970, que principalmente “se planteaba desde una verdad *por venir* con la revolución” (Casullo, 2007, p.316). En efecto, la deconstrucción de la noción de revolución como devenir histórico-político, permitió a los intelectuales plantearse más acá de la verdad, entre el conocimiento y la comprensión. Sin embargo, si una de las funciones del concepto es proyectar un horizonte de expectativas como regulador de las experiencias políticas, la categoría de democracia también significó para los intelectuales en cuestión la promesa futura de un nuevo tipo de sociedad.

Bibliografía utilizada:

- BAUMAN, Zygmunt ([1995] 1997): *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.
- BOBBIO, Norberto ([1993] 1998): *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós.
- BOURDIEU, Pierre ([1999] 2000): *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- CASULLO, Nicolás (2007): *Las cuestiones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- DOSSE, François (2006): *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de Valencia.
- ESCALANTE GONZALBO, Fernando (2002): “Hermenéutica y ciencias sociales”, en *Términos críticos de sociología de la cultura*, Carlos Altamirano (director), Buenos Aires, Paidós.
- FOUCAULT, Michel (1995): *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Rogelio (2003): “Los intelectuales y las transiciones democráticas. De la inconformidad como oficio a la responsabilidad política”, en *Intelectuales y política en América latina*, Hofmeister, W. y Mansilla, HCF (Ed.) Rosario, Homo Sapiens.
- KOSELLECK, Reinhart (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- LESGART, Cecilia (2003): *Los usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Rosario, Homo Sapiens.
- LYOTARD, Jean-François (1999): “La tumba del intelectual”, en *Revista Pensamiento de los confines*, Buenos Aires, Paidós, Número 6.
- ORY, Pascal y SIRINELLI, Jean- François (2007): *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Universitat de Valencia.
- RICOEUR, Paul ([1969] 2008): *El conflicto de las interpretaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ROSANVALLON, Pierre (2003): *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires Fondo de Cultura Económica.
- SARLO, Beatriz (1996): *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel.

SKINNER, Quentin ([2002] 2007): *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

_____ (2000): “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Año 4, N° 4.